

# **El Cristianismo como hecho Místico y los Misterios de la Antigüedad**

Dr. Rudolf Steiner

## **LA SABIDURÍA DE LOS MISTERIOS EGIPCIOS**

“Cuando abandonando tu cuerpo te remontes hacia el libre éter, serás un dios inmortal escapado a la muerte”. En esta afirmación de Empédocles se resume lo que los antiguos egipcios pensaron sobre el elemento eterno en el hombre y sobre el vínculo que tenía con lo divino. Esto se evidencia en el llamado “Libro de los Muertos” que, descifrado por la solicitud de los investigadores del siglo XIX, puede considerarse como la obra literaria de mayor magnitud entre las que nos ha legado el antiguo Egipto. Se encuentra en esta obra todo tipo de preceptos y plegarias que se colocaban en la tumba de todo difunto para que le sirvieran de guía una vez despojado de su envoltura mortal. Contiene los más íntimos conceptos de los egipcios sobre lo eterno y el origen del mundo, conceptos que implican una teodicea similar a la mitología iniciática griega.

Osiris se había vuelto gradualmente el más insigne y el más popular de las diversas deidades reconocidas en diferentes partes de Egipto. En él se sintetizaban las imágenes de las otras divinidades. Sea lo que fuere lo que el pueblo egipcio pudiera haber pensado sobre Osiris, el “Libro de los Muertos” patentiza que la sabiduría sacerdotal veía en él a un ser que podía residir en el alma humana misma; todo lo que se pensaba respecto de la muerte y de los difuntos, viene a confirmarlo. Devuelto a la tierra el cuerpo exánime y en ella retenido, la parte eterna del hombre entra en el sendero hacia lo eterno primordial y llega ante Osiris que se halla acompañado de los cuarenta y dos jueces de los muertos: su destino depende del veredicto de este tribunal. Cuando el alma ha confesado sus pecados y se la considera reconciliada con la justicia eterna, se le aproximan potencias invisibles que le dicen: “El Osiris X ha sido purificado en el lago que se extiende al sur del campo de Hotep y al norte del de las langostas, donde los dioses de la eclosión primaveral se purifican a la cuarta hora de la noche y a la octava del día con la imagen del corazón de los dioses, pasando así de la noche al día”. Aquí vemos que, dentro del orden cósmico eterno, la parte eterna del hombre se considera como un Osiris singularizado. El nombre de Osiris se antepone al nombre propio del

difunto, del mismo modo que aquel que busca su vínculo con el eterno orden cósmico, se llama a sí mismo Osiris: “Yo soy el Osiris X. Creciendo bajo las flores de la higuera es el nombre del Osiris X”. El hombre, pues, se convierte en Osiris, escalón perfecto en el desenvolvimiento humano. Parece natural que Osiris, aun como juez dentro del eterno orden cósmico, no es sino un hombre perfecto; entre ser hombre y ser dios hay una diferencia de grado y de número. En esto subyace el concepto místico del misterio del “número”. Como ser cósmico, Osiris es Uno, sin que esto excluya el que exista indiviso en toda alma humana. Todo hombre es un Osiris, pero hemos de representarnos, como entidad aparte, al Osiris Uno. El hombre se halla en continuo desarrollo y, al final de su curso evolutivo, se vuelve divino. Tomando esto en consideración, debemos entender por “divinidad” un conjunto de atributos, y no un ser divino acabado, completo en sí mismo.

No puede dudarse que, según este punto de vista, solo puede entrar de veras en la existencia de Osiris quien al llegar al umbral del eterno orden cósmico es un Osiris. Por consiguiente, la vida más elevada a que el hombre puede aspirar, ha de ser el transformarse en Osiris. Ya durante la vida precedera ha de vivir en el hombre verdadero un Osiris lo más perfecto que él pueda realizar. El hombre se perfecciona cuando vive como un Osiris, cuando atraviesa las experiencias que el propio Osiris ha vivido. El mito de Osiris recibe así su profundo significado; se torna el ideal del hombre que desea despertar lo eterno dentro de sí.

Osiris fue muerto y despedazado por Tifón, pero su esposa, Isis, preservó y cuidó sus fragmentos. Después de su muerte, él hizo descender sobre ella un rayo de su propia luz, e Isis tuvo un hijo, Horus, que habría de encargarse de las tareas terrestres de Osiris. Es un segundo Osiris, aún imperfecto, pero progresa hacia el Osiris verdadero.

El verdadero Osiris late en el alma humana que, aunque precedera al principio, está destinada a dar nacimiento a lo eterno. Por consiguiente, el hombre puede considerarse a sí mismo como la tumba de Osiris. La naturaleza inferior (Tifón) ha asesinado en él a la superior. En su alma, el amor (Isis) debe cuidar los fragmentos de su cadáver. Entonces nace la naturaleza superior, el alma eterna (Horus), la cual puede avanzar hasta la existencia de Osiris. El hombre que aspira a la existencia suprema debe reproducir en sí mismo, como un microcosmos, el proceso macro cósmico de Osiris. He aquí el significado de la iniciación egipcia. El acontecimiento que Platón (pág. 48) describe como proceso cósmico, o sea, que el Creador ha tendido el alma del mundo sobre el cuerpo de ese mismo mundo en forma de cruz, y que el suceder mundano es la liberación de esta alma crucificada, este acontecimiento hubo de realizarse en el hombre en escala menor, si éste quería

capacitarse para la existencia de Osiris. El neófito había de desenvolverse en sentido tal, que su experiencia anímica, su realización de Osiris, se fundiera en uno con el proceso cósmico de Osiris.

Si pudiéramos echar una mirada a los templos iniciáticos en los que los hombres tenían que sufrir la transformación en Osiris, veríamos que sus procedimientos representaban, micro cósmicamente, el devenir cósmico. El hombre, que procedía del “Padre”, debía dar nacimiento dentro de sí al Hijo. Lo que en realidad lleva dentro de sí, esto es, el dios encantado, debía manifestarse en él. Este dios había sido reprimido en él por el poder de la naturaleza terrestre que debe quedar sepultada antes que pueda resurgir la naturaleza superior.

Con base en esto podemos comprender lo que se dice respecto a los rituales de la iniciación. El neófito se sujetaba a misteriosos procesos mediante los cuales se aniquilaba su naturaleza terrestre y despertaba lo superior en él. No es necesario estudiar estos procesos en detalle; basta que comprendamos su significado, revelado en la siguiente confesión que podía hacer cualquiera que hubiera pasado por la iniciación: “Ante mi mirada hallábase la infinita perspectiva en el confín de la cual se encuentra la perfección de lo divino. Sentía que el poder de lo divino se halla dentro de mí. Sepulté lo que en mí reprimía ese poder. Morí para las cosas terrestres, y quedé muerto. Había muerto como hombre inferior y me encontraba en el mundo inferior. Tuve intercambio con los muertos, es decir, con los que ya estaban integrados al circuito del eterno orden cósmico. Después de mi morada en ese mundo, me levanté de entre los muertos; vencía a la muerte y me convertí en otro hombre. No tengo que venir más con mi naturaleza precedera, ya saturada del Logos. Pertenezco ahora a quienes viven eternamente, a quienes se sentaron a la diestra de Osiris. Yo mismo seré un verdadero Osiris, una parte del eterno orden cósmico, y tendré en mis manos el juicio de la vida y de la muerte”. El neófito habla de someterse a la experiencia que le condujera a tal confesión, una experiencia de la índole más elevada que pueda salir al encuentro del hombre.

Un no iniciado, cuando escucha semejantes experiencias, no puede saber lo que ha pasado realmente en el alma del iniciado. A sus ojos, éste murió físicamente, quedó sepultado en la tumba y resucitó. Lo que en un escalón superior de la existencia es una realidad espiritual, aparece, cuando se expresa en la terminología propia de la realidad sensoria, como un hecho que rompe con el orden natural. Es un “milagro”. En este sentido, la iniciación era un milagro. Quien en verdad deseara comprenderla debía haber despertado dentro de sí el poder para permitirle mantenerse en los escalones superiores de la existencia; debía haberse acercado a estas experiencias superiores mediante un tipo de vida adaptado

especialmente a ese propósito. Aunque estas experiencias preparadas se ordenaban de una manera u otra, según el caso individual, siempre era posible darles una forma típica completamente definida. El curso de la vida de un iniciado es, por consiguiente, típico. Puede describirse independientemente del individuo. Inversamente, un individuo sólo podría designarse como hallándose en el camino hacia lo divino, si había pasado por estas definidas experiencias típicas.

Buda, según la tradición de sus discípulos, era una personalidad con esas características; asimismo Jesús apareció a su comunidad en un principio bajo esa misma forma. El paralelismo que existe entre las biografías de Buda y de Jesús es bien conocido; Rudolf Seydel lo ha demostrado convincentemente en su libro “Buda y Cristo”. La comparación de los detalles pone en evidencia que todas las objeciones al citado paralelismo son fútiles.

El nacimiento del Buda es anunciado por un elefante blanco que desciende del cielo y declara a la reina Maya que ella va a engendrar un hombre divino que “pondrá en armonía a todos los seres por el amor y la fraternidad, y que los unirá en estrecha alianza”. El Evangelio de San Lucas nos dice: “... a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el Ángel a donde estaba dijo: Salve, muy favorecida; (I, 27—28)..., Y he aquí concebirás en tu seno y parirás un hijo y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo”. (I, 31—32).

Los brahmanes, o sacerdotes hindúes, que saben lo que significa el nacimiento de un Buda, interpretan el sueño de Maya. Tienen una idea definida, típica, de lo que es un Buda, a la que ha de corresponder la vida de la personalidad por nacer. Similarmente leemos en Mateo (II, i) “Y convocados todos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas del pueblo, Herodes los preguntó dónde había de nacer el Cristo”

El Brahma Asita dice del Buda: “este es el niño que llegará a Buda, el redentor, el que conduce a la inmortalidad, a la libertad y a la luz. Compárese esto con lo dicho en Lucas (II, 25—32): “Y he aquí, habla un hombre en Jerusalén llamado Simeón, y este hombre, justo y pío, esperaba la consolación de Israel: y el Espíritu Santo era sobre él... Y cuando los padres metieron al niño Jesús en el templo para hacer por él conforme a la costumbre de la ley, entonces él le tomó en sus brazos, y alabó a Dios y dijo: ahora despide, Señor, a tu siervo conforme a tu palabra, en paz; porque han visto mis ojos tu redentor, al que has aparejado en presencia de todos los pueblos; luz para ser revelada a los Gentiles, y a la gloria de tu pueblo, Israel”.

Se cuenta del Buda que, a la edad de doce años, se perdió, y lo hallaron de nuevo bajo un árbol rodeado de bardos y sabios del tiempo antiguo, a los que enseñaba. Corresponde a este incidente el siguiente pasaje de San Lucas (II, 41—47): “e iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Y cuando fue de doce años, subieron ellos Jerusalén conforme a la costumbre del día de la fiesta. Y acabados los días, volviendo ellos, se quedó el niño Jesús en Jerusalén sin saberlo José y su madre. Y pensando que estaba en la compañía, anduvieron camino de un día; y le buscaban entre los parientes y entre los conocidos; mas como no le hallasen, volvieron a Jerusalén buscándole. Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se pasmaban de su entendimiento y de sus respuestas”.

Después que el Buda hubo vivido en soledad y volvió, fue recibido por la bendición de una virgen: “Bendita es tu madre, bendito es tu padre, bendita es la esposa a la que perteneces”, pero él replicó: “Sólo son benditos los que están en el Nirvana”, es decir, los que han entrado en el eterno orden cósmico. En Lucas (XI, 27—28) leemos: Y aconteció que diciendo estas cosas, una mujer de la compañía, levantado la voz, le dijo: “Bienaventurado el vientre que te trajo. y los pechos que mamaste”. Y él le respondió: “antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan”.

En el curso de la vida del Buda, el tentador se llega a él y le promete todos los reinos de la tierra. Buda todo lo rechaza en las palabras: “Se bien que estoy destinado a poseer un reino, pero no lo deseo terrestre. Llegaré a Buda y hare que todo el mundo se regocije”. El tentador tiene que admitir: “Se desplomó mi dominio”. Jesús responde a la misma tentación con las palabras: “Vete, Satanás, que escrito está: Al Señor tu dios adoraras y a Él solo servirás. El diablo entonces le dejó”. (Mateo, IV, 10 y 11). Esta descripción del paralelismo podría extenderse a muchos otros puntos con el mismo resultado.

La vida del Buda terminó sublimemente. En un viaje, se sintió enfermo; llegó al río Hiranja, cerca de Kushinagara. Ahí se acostó sobre una alfombra que su discípulo favorito, Ananda, había extendido para él. Su cuerpo comenzó a irradiar desde dentro; murió transfigurado, luminoso su cuerpo, pronunciando las palabras: “Nada perdura”.

Esta muerte del Buda se corresponde con la transfiguración de Jesús: “Y aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro y a Juan, y a

Jacobo, y subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente”. (T.a— cas, IX, 28—29).

La vida del Buda termina con la Transfiguración, pero es justamente aquí donde comienza la parte más importante de la de Jesús: Su sufrimiento, Su muerte y Su resurrección. El carácter distintivo entre el Buda y Cristo hallase en el impulso que conducía la vida de Jesucristo más allá de la del Buda. No se comprende a uno ni a otro con sólo destacar lo que tienen en común. En las páginas que siguen se pondrá esto de manifiesto, y no es necesario detenernos aquí en relatos divergentes sobre la muerte del Buda, a pesar de que revelen algunos muy profundos aspectos.

La concordancia entre estas dos vidas redentoras conduce a una conclusión inequívoca, implícita en las narraciones mismas. Cuando los sabios sacerdotes oyen de qué clase de nacimiento se trata, captan lo que involucra, saben que tienen que ver con un Hombre-Dios; reconocen de antemano la categoría de la personalidad que viene al mundo, y saben que el curso de su existencia ha de corresponder a lo que ellos conocen de la vida de un Hombre-Dios. En la sabiduría de los Misterios una vida tal aparece prefigurada para toda la eternidad: solo puede ser tal como debe ser; se manifiesta como una ley eterna de la naturaleza. Así como una substancia química no puede sino reaccionar de una manera definida, igualmente un Buda o un Cristo sólo pueden vivir en un sentido determinado. Su vida no se describe meramente escribiendo una biografía casual, sino antes bien, dando los aspectos típicos contenidos, para todos los tiempos, en la sabiduría de los Misterios. La leyenda del Buda no tiene de biografía, en el sentido ordinario, más de lo que pretendan tenerlo los Evangelios para la vida de Jesucristo. Ni en una ni en otros se relata lo meramente accidental, sino un curso de vida trazado para un redentor del mundo. La fuente de los dos relatos debe buscarse en las tradiciones de los Misterios y no en la historia física externa. Jesús y Buda son, para quienes han reconocido su naturaleza divina, iniciados, en el sentido más prominente: Jesús, por haber tomado cuerpo en él el Ser de Cristo. Por eso Sus vidas se elevan por encima de las cosas transitorias y puede aplicárseles lo que se sabe de los iniciados. Ya no se narran los incidentes casuales de Sus vidas. De ellos pudo decirse: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros” (Juan I, 1 y 14).

Pero la vida de Jesús contiene más que la del Buda: el Buda termina con la Transfiguración, en tanto que lo trascendental de la vida de Jesús comienza después de ella. Vertido al lenguaje de los iniciados, esto significa que Buda alcanzó el punto en el que la luz divina comienza a resplandecer en el hombre; enfrenta la muerte de lo terrenal; se vuelve la luz del mundo. Jesús va más allá; no muere

físicamente en el momento en que esa luz lo transfigura; en ese momento El es un Buda; pero en ese mismo instante alcanza un grado más alto de la iniciación; sufre y muere. Lo terrenal desaparece, no así el elemento espiritual, la luz del mundo. Tiene lugar Su resurrección. Jesús se revela a sus feligreses como Cristo. Buda, en el momento de su transfiguración, desemboca en la vida bienaventurada del Espíritu Universal. Jesucristo vuelve a despertar ese Espíritu Universal, pero en una forma humana, a la existencia física. Anteriormente, semejante experiencia se tuvo en los estados superiores de la iniciación en sentido simbólico; los iniciados en la tradición del mito de Osiris habían llegado a esa resurrección como experiencia imaginativa de su conciencia. En la vida de Jesús, esta “gran” iniciación se agregó a la que el Buda había tenido, mas no como experiencia imaginativa, sino como realidad. Buda, mediante su vida, demostró que el hombre es el Logos, y que vuelve al Logos, a la Luz, cuando muere su parte terrestre. En Jesús, el Logos se personificó; el Verbo se hizo carne.

Por consiguiente, lo que anteriormente se realizó en el interior de los templos de los antiguos Misterios, ha sido captado, a través del Cristianismo como un Hecho histórico. La grey de Jesucristo confesó su creencia en El, el Iniciado de única y suprema grandeza, y El demostró que el mundo es divino. Para la comunidad cristiana, la sabiduría de los Misterios se vinculó indisolublemente con la personalidad de Cristo-Jesús. La creencia de que Cristo habla vivido sobre la tierra, y que Su grey Le pertenecía, vino a ocupar el lugar de lo que se había tratado de hallar a través de los Misterios.

En adelante, para los que pertenecían a la comunidad de cristianos, una parte de lo que anteriormente sólo era alcanzable por métodos místicos, pudo reemplazarse por la convicción de que lo divino es dado en el Verbo que habla estado presente. Ya no era lo único decisivo lo que la mente individual podía alcanzar tras de una larga preparación, sino lo que habían visto y oído los que estaban con Jesús y que legaron a la posteridad. “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído... y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida. Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros”. He aquí lo que dice la primera Epístola de San Juan (1, 1 y 3). Y esta realidad inmediata abrazar a todas las futuras generaciones en un viviente lazo de unión y, como iglesia, se extenderá místicamente de raza en raza. Es en este sentido que deben entenderse las palabras de San Agustín: “Yo no creería en los Evangelios si la autoridad de la Iglesia Católica no me moviera a ello”. De modo que los Evangelios no contienen dentro de sí testimonio de una verdad; debe creerse en ellos porque se fundan en la personalidad de Jesús, y

porque la Iglesia deriva misteriosamente de esa personalidad, el poder de hacerlos aparecer como verdad.

Los Misterios han conservado, como tradición, los medios de llegar a la verdad; la comunidad de cristianos propaga la verdad como tal. A la fe en las fuerzas místicas que surgen en la intimidad del hombre durante la iniciación, se habla de agregar la fe en el Uno, el Iniciador Primordial.

Los adeptos buscaron la deificación; desearon experimentarla. En cambio, la convicción cristiana fue ésta: Jesús era divinizado; debemos adherirnos a Él para hacernos partícipes de Su divinización, dentro de la comunidad fundada por El. Lo que se hallaba divinizado en Jesús lo es así para toda Su grey. “He aquí, yo estoy con vosotros siempre, hasta el fin del mundo” (Mateo XXVIII, 20). El que ha nacido en Belén, es de esencia eterna. La antífona de Navidad puede hablar del nacimiento de Jesús, como si tuviera lugar en cada Navidad. “Cristo ha nacido hoy; el Salvador ha venido al mundo; los ángeles cantan sobre la tierra”.

La experiencia de Cristo corresponde a un estado definido de iniciación. Cuando el adepto precristiano pasaba a través de esa experiencia se hallaba, por su iniciación, en un estado que le capacitaba para percibir espiritualmente, en los mundos superiores, algo a lo que no correspondía ningún acto del mundo sensible, es decir, experimentaba, en el mundo superior, lo que después se hizo real en el Misterio del Gólgota. En cambio, si el adepto cristiano llega a esta experiencia por la iniciación, contempla el Hecho histórico que tuvo lugar en el Gólgota y, simultáneamente, sabe que en ese Acontecimiento, cumplido en el mundo de los sentidos, se actualiza el mismo contenido que antes sólo se hallaba en los hechos suprasensibles de los Misterios. De modo que, a través del Misterio del Gólgota, se derramó sobre la comunidad cristiana lo que antiguamente se habla derramado sobre los adeptos en el interior del templo. Y la iniciación da a los adeptos cristianos la posibilidad de volverse conscientes del contenido del Misterio del Gólgota, en tanto que la fe permite al hombre participar inconscientemente de la corriente mística que emana de los acontecimientos descritos en el Nuevo Testamento, y que desde entonces compenetra la vida espiritual de la humanidad.